

Valeria Grinberg Pla

Dossier: Las culturas del Caribe centroamericano. Una introducción

Bowling Green State University, EE.UU.

[vgrinb@bgsu.edu](mailto:vgrinb@bgsu.edu)

En las discusiones sobre las bases en las cuales se asienta el concepto de región centroamericana, el Caribe aparece como uno de los ejes alrededor de los cuales es posible articular una noción de Centroamérica atravesando fronteras nacionales. Esto no debería sorprendernos, puesto que como señala el historiador Xavier Cuenin siempre ha habido una dimensión geográfica en la conformación del imaginario de Centroamérica como región. Sin embargo, no es tanto la vicisitud geográfica de los miles de kilómetros de costa caribeña que se extienden desde el distrito de Corozal en el noreste de Belice hasta la región panameña del Darién, en el límite con Colombia, como una realidad dada, sino más bien las implicaciones políticas, sociales, económicas y culturales de la participación de Centroamérica en las dinámicas del Caribe, lo que se haya en el centro de las reflexiones de este dossier sobre las culturas del Caribe centroamericano.

Pero, ¿cómo definir el Caribe más allá de la contingencia geográfica y sin caer en esencialismos, estereotipos o generalizaciones que borren la diversidad lingüística, social, étnica, al interior de la región?

Varios investigadores han teorizado sobre la centralidad de ciertos fenómenos sociales y culturales que pueden ser implementados a su vez como categorías de análisis de la caribeñidad. Por ejemplo, Antonio Benítez Rojo nos invita a leer el Caribe desde la lógica productiva y reproductiva de la plantación. En el caso específico de Centroamérica, es necesario tener en

cuenta que la plantación ha sido una realidad en todo el istmo, convirtiéndose por tanto en una de las marcas constitutivas de la región y su imaginario.

Es más, pese a todas las salvedades del caso, las plantaciones bananeras establecidas a finales del siglo XIX en Centroamérica reproducen muchos aspectos de las plantaciones esclavas. No por casualidad, la repetición simbólica de la plantación esclava en la bananera es un fenómeno que los mismos afroantillanos percibieron a principios del siglo XX por lo que se opusieron, infructuosamente, al establecimiento de un monopolio bananero por parte de la United Fruit Company, prefiriendo cultivar sus propias tierras a ser empleados como peones de la compañía bananera, como aparece en los artículos publicados por Samuel Nation en *The Times* de Limón en la época y lo corroboran además las investigaciones de Aviva Chomski.

Los llamados enclaves bananeros (ubicados en Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Honduras y Guatemala), además de modificar radicalmente la vida social, económica, política y cultural de la región caribeña centroamericana, afectaron de manera decisiva la totalidad de las naciones del istmo, más allá de los límites geopolíticos de las plantaciones propiamente dichas. Sobre este fenómeno llama la atención Ronny Viales al cuestionar precisamente la noción de enclave, es decir el carácter extraterritorial de las bananeras con respecto a los Estados nacionales.

En el plano de las producciones culturales, la narrativa bananera que se desarrolla profusamente en la región a lo largo de más de cuarenta años (*Bananos y hombres* de Carmen Lyra se publica en 1931, mientras *Trópico* de Marcos Carías Reyes y *Aquel año rojo* de Argentina Díaz Lozano aparecen, respectivamente en 1971 y 1973) ha tenido “un impacto significativo en las construcciones imaginarias de la identidad y la nación de los países del istmo” (Grinberg Pla y Mackenbach 375), consolidando a su vez puntos simbólicos de contacto a nivel regional en lo que respecta no sólo a las representaciones literarias de las bananeras, sino también a las relaciones entre literatura y política en Centroamérica.

A su vez, el establecimiento de las plantaciones bananeras, así como la construcción del ferrocarril y del Canal de Panamá, convirtió a los puertos y ciudades del Caribe centroamericano en polos migratorios desde los años setenta del siglo XIX hasta las dos primeras décadas del siglo

pasado. Así, el impacto regional de las bananeras fue mucho más allá de los límites de los Estados nacionales en los que éstas se asentaron y, del mismo modo que el ferrocarril y el Canal, conectaron al Caribe con otras regiones dentro y fuera del istmo centroamericano, transformando la composición geopolítica de la región.

Las migraciones constituyen pues, junto a la plantación, otra de las categorías de análisis y reflexión sobre la caribeñidad. Y en este contexto hay que tener en cuenta que las migraciones de afroantillanos de Jamaica, St. Kitts, Trinidad y otras islas del Caribe hacia el istmo que se inician en las últimas décadas del siglo XIX, motivadas por posibilidades u ofertas de trabajo en la construcción del ferrocarril y del Canal, repiten un movimiento migratorio del Caribe insular hacia la costa centroamericana, que ya había tenido lugar con anterioridad. En efecto, ya desde el siglo XVIII la comunidad garífuna comenzó a asentarse en territorio de las actuales Belice, Honduras y Nicaragua. Es decir que el Caribe centroamericano tiene una larga y compleja historia de migraciones de africanos y afrodescendientes provenientes de las Antillas, que crearon comunidades translocales y transnacionales con fuertes conexiones tanto con culturas y religiones provenientes del África como con el entonces Imperio Británico.

Como constata Lara Putnam, desde finales del siglo XIX, las rutas migratorias –que solían incluir Puerto Limón en Costa Rica, la zona del Canal o Colón en Panamá, Bluefields en Nicaragua, Jamaica, Trinidad y Tobago, y distintos puntos en los Estados Unidos– tienen un carácter circular. Es decir que las migraciones no responden a un patrón unidireccional, sino que existe un movimiento de vaivén, en ambas direcciones, que a veces se extiende para incorporar otros espacios (como los Estados Unidos) al circuito migratorio.

Precisamente por su cultura migratoria, transnacional y translocal, es decir por su inserción en múltiples espacios nacionales, regionales y sociales, las comunidades afroantillanas, miskitas, creoles y garífunas de Centroamérica ponen en cuestión, tal y como lo plantea Luis Pulido Ritter en su ensayo para el caso de Panamá, la idea romántica de nación como unidad de lengua, etnia y religión que se encuentran en la base ideológica de los Estados nacionales modernos en los que están asentadas. Andreas Huyssen llama la atención sobre el hecho de que las comunidades

migrantes han cambiado profundamente los espacios nacionales, afectando las prácticas discursivas identitarias de las naciones anfitrionas, algo evidente en los replanteamientos del Estado nicaragüense, que en el Estatuto de Autonomía de la Región Atlántica de Nicaragua promulgado por el gobierno sandinista en 1987 reconoce finalmente el carácter multicultural, multiétnico y multilingüístico del país (algo que obviamente es producto de la lucha y el reclamo sostenido de las comunidades en su relación con el Estado). De manera similar, el Estado costarricense ha pasado de una agresiva política de hispanización de la Provincia de Limón a principios del siglo XX (tema abordado por Julie Marchio en su contribución) a una política de celebración de la cultura afrolimonense, con iniciativas como el Día del Negro y la Cultura Afrocostarricense. En una palabra, podría decirse que por su naturaleza transnacional y por su diferencia étnica, lingüística, religiosa y cultural con respecto al discurso dominante de la nacionalidad moderna en el que se asientan las definiciones decimonónicas de Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Guatemala y Honduras, estas comunidades han sido un permanente desafío para la definición de la nacionalidad en dichos países. Y esta puesta en cuestión del discurso de la nación moderna que va ligada a la transnacionalidad y a la experiencia migratoria, constituye a mi entender, otra importante categoría de análisis de las culturas del Caribe centroamericano.

Así, las producciones culturales de las diferentes comunidades afrocaribeñas, creoles, miskitas o garífunas del istmo a veces denuncian el abuso o la discriminación por parte de los Estados nacionales o las mayorías mestizas (piénsese por ejemplo en los cuentos del escritor afropanameño Carlos Guillermo Wilson); otras, como plantea Franklin Perry Price en su ensayo, interpelan a sus lectores u oyentes en busca de un diálogo sobre las identidades nacionales y raciales que necesariamente invita a repensar la composición de la comunidad nacional imaginada. Esta es sin duda una de las cuestiones más candentes que aflora en la entrevista a Carlos Russell a cargo de Sonja Watson para el caso de Panamá.

La problemática relación de las comunidades del Caribe con los respectivos Estados nacionales y la cultura dominante se expresa no sólo en conflictos sociales y políticos, sino que deja su huella además en las producciones culturales puesto que los distintos grupos y actores

sociales han ido transformando y adaptando sus prácticas en una permanente negociación del propio espacio –como apunta Erick Blandón en su artículo con respecto a la comunidad garífuna de Orinoco, en la cuenca de Laguna de Perlas, al norte de Bluefields.

Según observa Giselle Chang en su edición de los *Cuentos tradicionales afrolimonenses*, la capacidad de Anancy para transformarse y adaptarse a nuevas situaciones ha ofrecido modelos de comportamiento –y estrategias de supervivencia– no sólo en el contexto del traslado forzado a América y de la esclavitud, sino también, posteriormente, en las sucesivas situaciones en las cuales los afrodescendientes han tenido que enfrentarse a la cultura dominante o la violencia estatal. Así, los cuentos de Anancy representan el caso paradigmático de una tradición cultural que en sí misma invita a la astucia necesaria en toda negociación de un grupo minoritario en posición de desventaja frente al poder. No debe, entonces, sorprender que los calypsonians hayan construido su propia imagen en estrecha relación con la figura de Anancy, entendido como arquetipo del débil que sobrevive gracias a sus tretas (al respecto véase Monestel 72).

Así, los calypsonians y más recientemente los reguetoneros (como por ejemplo el panameño Renato, entrevistado para este dossier por Peter Szok), continúan y transforman tradiciones musicales afrocaribeñas en el contexto centroamericano, no sólo en sus propias comunidades, afirmando su identidad étnica y sus lazos transnacionales con otros afroantillanos. Además, a través de su difusión mediática y su creciente popularidad, demandan por su misma práctica una reformulación de las definiciones tradicionales de la cultura nacional costarricense o panameña y cuestionan, al mismo tiempo, el anclaje puramente nacional de ritmos como el reguetón o el calypso.

Si la caribeñidad se puede definir por la experiencia o la memoria de la plantación, la diáspora, las posteriores migraciones circulares, y la consecuente transnacionalidad, no es por tanto una casualidad que las producciones culturales afrocentroamericanas articulen una relación conflictiva y contradictoria con los discursos dominantes de la nacionalidad.

En este contexto, y a los efectos de proponer un aparato crítico que nos permita reflexionar sobre las culturas del Caribe centroamericano, me parece necesario tener en cuenta la siguiente

observación de Ángel Quintero Rivera: “En el Caribe antes del verbo fue el tambor, el ritmo y el movimiento.” (*Salsa* 14). De modo que la música y el baile constituyen los modos discursivos, de comunicación y de resistencia por excelencia del Caribe. En tanto prácticas, ponen en circulación formas de sociabilidad y convivencia que implican el cuerpo, los sentidos y el goce, lo que no implica, sin embargo, una ausencia de racionalidad. Por el contrario, Quintero Rivera desarrolla más adelante una noción de la música y el baile en el Caribe que cuestiona la división moderna entre civilización/razón por un lado y barbarie/naturaleza (a la que pertenece el cuerpo) por el otro, evidenciando la mirada racista colonial que se esconde tras dicha escisión (ver *Cuerpo* 11). Al marcar la centralidad del cuerpo (como sede del goce y el dolor) en sus relaciones con el poder, Quintero Rivera abre las puertas a una celebración del ritmo y la danza, que se distancia críticamente de las representaciones reduccionistas del Caribe como goce prerracional de los cuerpos. En esa dirección van –a mi entender– las reflexiones de Héctor Leyva sobre la verdad tropical, es decir caribeña, en *El génesis en Santa Cariba* (2006) del escritor hondureño Julio Escoto. También la antología *Caribbean Erotic* (2010), reseñada por Francisco Cabanillas, explora el cuerpo como lugar de placer y conocimiento.

Otro escritor centroamericano, el nicaragüense Sergio Ramírez, en una conferencia plenaria pronunciada durante el XXV Congreso de LASA (Latin American Studies Association) en Las Vegas en octubre del 2004 y posteriormente publicada bajo el título “Esplendor del Caribe”, lo define como “un acorde de música y un ruido de voces” que “*no cesa*, ni tampoco terminan de *reproducirse* sus personajes” (263; énfasis mío, V.G.P.). Ramírez insiste una y otra vez en que no se trata de un simple espacio geográfico, sino también, como se señaló al principio del presente texto, de un espacio cultural que se extiende incluso hasta el Río de la Plata hacia el sur y el Mississippi hacia el norte. Implícitamente, en esta conceptualización reverbera la propuesta de Antonio Benítez Rojo de entender el Caribe como un meta-archipiélago que se repite:

Este archipiélago, al igual que otros, puede verse como una isla que se “repite” a sí misma. He destacado la palabra “repite” porque quiero darle el sentido inquietante con que suele aparecer en el discurso pos-estructuralista, donde toda repetición entraña necesariamente una diferencia y un aplazamiento. ¿Cuál

sería entonces la isla que se repite, Jamaica, Aruba, Puerto Rico, Miami, Haití, Recife? Ciertamente, ninguna de las que conocemos. Ese origen, esa isla-centro es tan imposible de alcanzar como aquella hipotética Antillia que reaparecía una y otra vez, siempre de manera fugitiva, en los postulados de los cosmógrafos. Esto es así porque el Caribe es un meta-archipiélago [...] y en tanto meta-archipiélago tiene la virtud de carecer de límites y de centro. Así, el Caribe desborda con creces su propio mar y su *última Tule* puede hallarse en un suburbio de Bombay, en las bajas y rumorosas riberas de Gambia, en una fonda cantonesa hacia 1850, en un templo de Bali, en una vieja taberna de Bristol [...] Pero, entonces, ¿qué es lo que se repite? Tropismos, series de tropismos, de movimientos en una dirección, digamos un gesto danzario, un hondo sentimiento de la improvisación, el gusto por determinados alimentos (por ejemplo los grandes flujos del arroz, del plátano, del frijol, del ají y la yuca), la expresión poli-rítmica, el mestizaje, las formas sincréticas, la alta jerarquía de la cultura popular, los modos de alejarse y acercarse al mundo de Occidente [...], la experiencia socio-económica de la plantación, en fin, paralelismos aquí y allá, contradicciones aquí y allá. (116).

Y sin duda alguna, debido a las migraciones circulares, el Caribe centroamericano se repite en San José y Managua, Tegucigalpa y Antigua, San Salvador y Washington D.C. Por lo que sería importante pensar la caribeñidad de Centroamérica más allá de su costa caribe.

Mientras que en la narrativa centroamericana reciente encontramos una tendencia a repensar las relaciones entre la cultura dominante mestiza de las ciudades del centro o del Pacífico con respecto al Caribe –por ejemplo en *Columpio al aire* (1999) de Lizandro Chávez Alfaro y en *Vuelo de cuervos* (1997) de Erick Blandón, o en las novelas de Tatiana Lobo (que analiza en su ensayo Déborah Singer)–, así como también representaciones del Caribe desde una perspectiva interior (ver Mackenbach), las representaciones de los negros en las literaturas centroamericanas ha sido más bien derogatoria y estereotipada, algo ya señalado por Carlos Guillermo Wilson, Carlos Castro Jo y Quince Duncan, entre otros intelectuales afrocentroamericanos. La revisión crítica de estas representaciones grotescas de los negros en la literatura, ligadas a las reformulaciones de las identidades nacionales, ha generado por ejemplo la polémica en torno a la

utilización de la novela infantil *Cocorí* (1948) de Joaquín Gutiérrez como lectura obligatoria en las escuelas costarricenses a la que se refiere Franklin Perry en su contribución.

El ensayo de Willy Muñoz para este dossier se encuadra precisamente en esta línea de lectura que indaga en la construcción del negro o el mulato como el otro. En cambio, la contribución de Julie Marchio explora las representaciones del Caribe costarricense en dos novelas de Anacristina Rossi que se caracterizan por su etnofilia (ver Duncan, “El afrorealismo”), con respecto a los afrodescendientes.

En estas tensiones al interior de la literatura en Centroamérica, que va desde un racismo abierto o solapado hasta la empatía, pasando por el paternalismo y el esencialismo, se articulan las tensiones de las sociedades centroamericanas en sus búsquedas identitarias que no se producen al margen de las luchas de poder y la historia de opresión, exclusión y marginación de los negros y los indígenas.

La diversidad del Caribe (centroamericano) es múltiple, y no puede reducirse a las más visibles diferencias étnicas, religiosas, lingüísticas. Sin embargo, en estos tres pilares se asientan gran parte de los conflictos entre las comunidades del Caribe centroamericano y los gobiernos nacionales, y a veces incluso de las mismas comunidades entre sí. Además, la diferencia lingüística y religiosa es ahondada por su vínculo (histórico, cultural, afectivo) con el Imperio Británico y el Commonwealth, que se complica a su vez por la presencia empresarial o militar de los Estados Unidos en la región.

Debido a que desde el punto de vista sociocultural, el Caribe centroamericano forma parte del (o se ha relacionado con el) Caribe angloparlante, su literatura no ha sido considerada parte de literaturas nacionales aferradas a la idea romántica de la unidad de nación y lengua (destino sufrido igualmente por las literaturas en lengua indígena, consideradas mero sustrato). Por ese motivo, la obra de Carlos Russell ha sido ignorada por la historiografía literaria panameña, como subraya en su introducción a la entrevista Luis Pulido. En cambio, las literaturas del Caribe centroamericano han encontrado posibilidades de diálogo e intercambio en el entramado literario de la diáspora africana en las Américas, del mismo modo que los intelectuales

afrocentroamericanos han participado activamente en movimientos políticos panafricanistas, como la UNIA de Marcus Garvey.

Los trabajos incluidos en este dossier recorren distintas estaciones de la producción cultural del Caribe centroamericano en su incesante diálogo con los Estados nacionales y las otras islas del Caribe. Franklin Perry, en “Sobre escritores afrocostarricenses”, reflexiona específicamente sobre la relación del escritor negro con la comunidad de lectores, situando la producción literaria afrocostarricense en el contexto de la literatura de la diáspora africana. A continuación, la entrevista de Sonja Watson a Carlos Russell permite escuchar las reflexiones de este intelectual afropanameño sobre la marginación de los afroantillanos de habla inglesa, a diferencia de la historia de “asimilación” de los llamados negros coloniales de habla española, en el contexto de la nación panameña.

El artículo de Erick Blandón explora el impacto de los medios masivos de comunicación, concretamente la televisión, en la preservación y circulación de la práctica del Dogú por parte los garífunas nicaragüenses. Para ello, analiza un reportaje televisivo realizado por Erick Alegría durante la celebración del Dogú (el cual puede ser accedido desde el trabajo de Blandón), poniendo en evidencia el delicado equilibrio entre resistencia y acomodación que subyace las negociaciones de la comunidad garífuna con la cultura dominante en Nicaragua.

En “Modernidad en movimiento: transitismo, cosmopolitismo y transnacionalidad en la ciudad letrada panameña”, Luis Pulido Ritter discute la narrativa de autores como Rodrigo Miró, Demetrio Korsi y Eric Walrond, para poner sobre el tapete que:

para la ciudad letrada [panameña], no hubo mayor mal que, precisamente, ese espacio transnacional – que es reducido a la Zona de Tránsito, al transitismo– que no permitía que lo nacional se asentara en el país. Esta crítica del transitismo, que era una vuelta romántica a lo local, no pudo, sin embargo, desprenderse de la transnacionalidad de la sociedad panameña que estaba fuertemente impregnada por el Otro, el inmigrante, que había ocupado e hibridizado el espacio transnacional-urbano, donde se cruzaban, de manera diferenciada, las presencias culturales de poblaciones inmigrantes con la receptora.

Por su parte, Willy Muñoz nos invita a recorrer las representaciones de “La mulata en los cuentos de escritoras centroamericanas” abarcando la producción literaria desde 1950 hasta 2003, en la que curiosamente y como constata el propio Muñoz, son muy pocos los cuentos protagonizados por mulatas. Su proyecto de visibilizar y analizar críticamente las representaciones literarias de los negros y mulatos, que incluye la publicación de una *Antología del personaje negro en la cuentística de escritoras centroamericanas* (2007), responde al convencimiento de que cualquier “acercamiento a la literatura centroamericana resulta incompleto si no se considera el tema del negro”.

Mientras Muñoz se enfoca en la mirada sobre la mulata (marginada por su etnia, su género y su clase) en cuentos de una autora hondureña, una costarricense y dos panameñas, Julie Marchio, en “Literatura de las fronteras y fronteras de la literatura: representación de los conflictos lingüísticos de la costa caribeña en la literatura costarricense”, se centra en *Limón Blues* (2002) y *Limón Reggae* (2007) de Anacristina Rossi para discutir cómo estas novelas dan cuenta de las diferencias lingüísticas en la Provincia de Limón, poniendo en evidencia las estrategias de la comunidad afrodescendiente frente a los embates hispanizantes de la cultura dominante. En palabras de Marchio, “[e]l cotejo de estas novelas permite estudiar el vínculo entre lenguas e identidades de manera diacrónica y ver cuál es su evolución a lo largo del proceso de integración de la comunidad afroantillana” a Costa Rica.

También Déborah Singer nos invita a reflexionar sobre las representaciones del Caribe costarricense en la narrativa de una mujer, en este caso, la escritora chileno-costarricense Tatiana Lobo. Su ensayo, “La configuración del espacio caribeño en las novelas de Tatiana Lobo”, presta especial atención a los modos en los cuales en *Asalto al paraíso* (1992), *Calypso* (1996) y *El año del laberinto* (2000) se subvierten o suspenden las imágenes exotizantes del Caribe cristalizadas en el imaginario occidental desde los relatos de viaje de Cristóbal Colón en adelante.

El ensayo de Héctor Leyva, “Verdad tropical, verdad *kitsch* en *El génesis en Santa Cariba* de Julio Escoto” nos propone abandonar la isla limonense para adentrarnos en una isla creada por la pluma del escritor hondureño en la que se condensa toda una teoría de la caribeñidad. La

lectura de la novela de Escoto que hace Leyva empatiza con el placer del texto, resaltando el carácter subversivo de una escritura que festeja la sexualidad tropical y “el amor subido de tono de las representaciones que solemos llamar cursis, que son falsas y se quieren ciertas” porque en ella se pueden leer las claves de una sociabilidad caribeña basada en el amor como verdad. Teniendo en cuenta la centralidad del amor, el erotismo y el cuerpo en las representaciones de y reflexiones sobre el Caribe, le encargamos a Francisco Cabanillas una reseña de la recientemente publicada antología *Caribbean Erotic: Poetry, Prose & Essay* (2010) editada por Opal Palmer Adisa and Dona Aza Weir-Soley, que incluimos en el dossier.

Por último, Peter Szok conversa con Leonardo Renato Aulder, uno de los fundadores del reguetón. En “Renato Sets It Straight: An Interview on the Diffuse Roots of Reggaeton”, Szok nos ofrece la visión de Renato sobre los orígenes de este ritmo. Las palabras del músico ponen sobre el tapete la relevancia del reggae en español para la identidad afropanameña, así como su vínculo transnacional con los Estados Unidos y Jamaica.

Espero que las contribuciones aquí reunidas contribuyan a profundizar las investigaciones sobre las culturas del Caribe centroamericano y su relación con los Estados nacionales, así como su insidencia para una conceptualización de Centroamérica. Queda abierto el diálogo.

## Bibliografía

Benítez Rojo, Antonio. “La isla que se repite: para una reinterpretación de la cultura caribeña”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 429 (1986): 115-130.

Castro Jo, Carlos. “Raza, conciencia de color y militancia negra en la literatura nicaragüense”. *Wani. Revista del Caribe Nicaragüense* 33 (2003): 21-32.

Cuenin, Xavier. “Representar e imaginar Centroamérica en el siglo XIX”. *Boletín AFEHC* 46 (2010): s.p. <[http://afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi\\_aff&id=2496](http://afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi_aff&id=2496)> (2 de octubre 2010).

Chang, Giselle, ed. *Cuentos tradicionales afrolimonenses*. San José: Editorial Costa Rica, 2006.

- Chomsky, Aviva. "Afro-Jamaican Traditions and Labor Organizing on United Fruit Company Plantations in Costa Rica, 1910". *Journal of Social History* 28.4 (1995): 837-855.
- Duncan, Quince. "El afrorealismo. Una dimensión nueva de la literatura latinoamericana". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 10 (2005): s.p. <[www.denison.edu/collaborations/istmo/n10/articulos/afrorealismo.html](http://www.denison.edu/collaborations/istmo/n10/articulos/afrorealismo.html)> (25 de mayo 2010).
- Duncan, Quince. "Corrientes literarias afrocentroamericanas". *Tensiones de la modernidad: Del modernismo al realismo. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – II*. Eds. Valeria Grinberg Pla y Ricardo Roque Baldovinos. Guatemala: F&G Editores, 2009. 513-529.
- Grinberg Pla, Valeria, y Werner Mackenbach. „Representación política y estética en crisis: el proyecto de la nación mestiza en la narrativa bananera y canalera centroamericana". *Tensiones de la modernidad: del modernismo al realismo. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – II*. Eds. Valeria Grinberg Pla y Ricardo Roque Baldovinos. Guatemala: F&G Editores, 2009. 375-412.
- Huysen, Andreas. *Modernismo después de la posmodernidad*. Trad. de Roc Filella y Cecilia Abdo Férrez. Buenos Aires: Gedisa, 2010.
- Mackenbach, Werner. "Representaciones del Caribe en la narrativa centroamericana contemporánea". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 5 (2003): s.p. <<http://collaborations.denison.edu/istmo/n05/articulos/representaciones.html>> (4 de abril 2009).
- Monestel, Manuel. *Ritmo, canción e identidad. Una historia sociocultural del calypso limonense*. San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 2005.
- Putnam, Lara. *The Company they Kept. Migrants and the Politics of Gender in Caribbean Costa Rica, 1870-1960*. Chapel Hill and London: The University of North Carolina Press, 2002.
- Quintero Rivera, Ángel. *¡Salsa, sabor y control! Sociología de la música "tropical"*. 2da. ed. México: Siglo XXI, 1999.
- Quintero Rivera, Ángel. *Cuerpo y cultura: las músicas mulatas y la subversión del baile*. Madrid: Iberoamericana, 2009
- Ramírez, Sergio. "Esplendor del Caribe". *Señor de los tristes. Escritores y escritura*. San Juan de Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico, 2006. 249-263.
- Viales, Ronny. "Más allá del enclave en Centroamérica: aportes para una revisión conceptual a partir del caso de la región Caribe costarricense (1870-1950)". *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal* VI.23 (2006): 97-111.

Wilson, Carlos Guillermo. "La identidad afrolatinoamericana 1492-1992". *La literatura centroamericana como arma cultural*. Eds. Jorge Román Lagunas y Rick McCallister. Ciudad de Guatemala: Óscar de León Palacios, 1999. 41-53.